

## Oración fúnebre del Libertador

por Monseñor Rafael María Carrasquilla

LEÍDA EL 17 DE DICIEMBRE EN SANTA MARTA  
POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR GARCÍA BENITEZ,  
OBISPO DE SANTA MARTA

«Bolívar es el mayor amor de mi alma después de Dios y a la par de mi patria y de mis padres», escribí hace algunos años en el álbum de San Pedro Alejandrino; y si la admiración y el afecto bastaran a tejer la corona fúnebre del héroe, me creería yo digno de la empresa. Mas faltanme para ella una alta inteligencia, y el estilo acerado de Tácito o la caudalosa elocuencia de Marco Tulio; y más ahora cuando la ancianidad me ha arropado con su manto de plomo. Quédame, sí, el sacro carácter de que estoy investido. Los elogios más sublimes tributados al Padre de la Patria han brotado de labios unguados con la sangre de Cristo; porque el sacerdote, aunque sea pequeño, sabe de grandeza, como que vive con Dios en diario e íntimo comercio.....

Entre los guerreros que llenan con su nombre y la relación de sus hazañas los volúmenes de la historia, sólo Alejandro, Julio César y Napoleón pueden compararse con Bolívar. Mas ellos fueron conquistadores, al paso que él fue por excelencia el libertador de un mundo. Ellos emprendieron sus campañas al frente de innúmeros ejércitos veteranos, poderosos en armas, comandados inmediatamente por generales victoriosos peritos en el arte de la guerra; iban a imponer pesado yugo a las naciones que vencieran y ceñirse ellos mismos las sienas con imperial corona.

Bolívar entró a la guerra con unos pocos centenares de hasta entonces inofensivos labriegos que no conocían

más hierro que el de los instrumentos de labranza, ni habían aspirado el acre humo de la pólvora sino en las fiestas campesinas en celebración de la natividad de Cristo; llevaba por tenientes un grupo de muchachos escapados de las aulas escolares de Santafé y Caracas, y no contaba con más armas que las que fuera arrebatando a los españoles con las puntas de las lanzas de los llaneros; iba a quebrantar el yugo que pesaba sobre un Continente, y hacer trizas del lado acá del océano, la diadema de Carlos, Felipes y Fernandos.

Oriundo de hidalga stirpe vascongada, en la flor de la mocedad, educado sabiamente con ejercicios físicos, con el estudio personal de la naturaleza, con la leche y miel de los clásicos autores, dueño de cuantiosas riquezas, Simón Bolívar viaja por el antiguo mundo y llega a Roma, la eterna ciudad, relicario del humano linaje, asiento perenne de grandeza, madre del derecho, nodriza del arte. Empapado en la memoria de los Gracos sube al Monte Sacro, y allí ante Dios que todo lo llena y sin otro testigo que don Simón Rodríguez su maestro, jura consagrar su inteligencia, su actividad, sus haberes, su felicidad, su vida, a la libertad de América. Semejante juramento no puede provenir sino de un genio o de un loco.

Autores modernos opinan que el genio es una de las manifestaciones de insania; tanto como afirmar que la luz es una de las formas de la oscuridad. Verdad es que el ojo que se clava en el disco del sol queda tan en tinieblas como el que penetra al fondo de un subterráneo, porque en un caso hay sobra y en el otro falta de luz. Los locos y los genios nos desconciertan, porque aquéllos no nos entienden y a éstos no alcanzamos a comprenderlos.

Creados hemos sido todos los hijos de Adán a semejanza de Dios, pero El ha dispuesto que en unos más

que en otros se acentúen los rasgos de la gloriosa imagen; y el genio es el que, en el orden natural, participa por analogía más ampliamente de los divinos atributos. Hombre es por lo común de una idea sola, adquirida no por raciocinio sino por intuición de la simple inteligencia, idea inmensa, de las que mudan la marcha del género humano o, a lo menos, le imprimen perenne luminosa huella; idea que mueve a su autor, lo llena, hasta que con él se identifica; idea que el genio realiza plenamente, a poder de una fe que traslada las montañas, de una fortaleza para la cual los obstáculos no cuentan. Tal es Platón, elevándose de un salto de la cosmología de los primeros sabios de Grecia al firmamento de las ideas puras, bienaventuradas, arquetipos de todo lo que existe, habitadoras del divino entendimiento; tal es César, ensanchando los ámbitos de Roma hasta las lindes del universo conocido; Dante, poniendo toda la filosofía y la ciencia y la historia al servicio de la más alta y genuina poesía; Colón, duplicando la extensión del planeta; Miguel Angel, alzando el panteón a las nubes, para dombo del sepulcro de San Pedro; Pasteur, salvando en lo corpóreo todo lo grande con el cultivo de lo infinitamente pequeño.

El genio cuando empieza, produce irrisión; cuando realiza, despierta entusiasmo rayano en idolatría; más tarde, amargas envidias, odios satánicos. Por la mañana se le reviste de túnica de fuerza; al medio día casi se le asfixia bajo el peso de los laureles; a la tarde se le corona de espinas. Y Bolívar es el genio de América.

Su vida es una serie alternada de triunfos y reveses y aparece siempre más grande, más temible a sus enemigos en la adversa que en la próspera fortuna. Su fe nunca desmaya; y la palabra TRIUNFAR, pronunciada en Pativilca, es una de las más sublimes que hayan salido jamás de humanos labios. Posee el Libertador otro de los atributos del genio; el de crear en su redor una legión

de grandes hombres, a semejanza del Astro-Rey, que no sólo resplande en luz y arde en calor, sino los transmite a los planetas; de suerte que sin los rayos del sol, la refulgente estrella de la mañana no sería sino una oscura y desconocida masa errante en el espacio.

Quando Bolívar emprende la liberación de Venezuela, hállese tan escaso de tropas, que implora el auxilio de Nueva Granada donde ya se habían visto las fulguraciones de su acero; y Nariño, el precursor, y Camilo Torres, el verbo de la libertad y del derecho, le envían sendos contingentes, pequeños por la cantidad, inmensos por la calidad de los soldados. Porque entre ellos cuéntanse Girardot, que triunfará en Bárbula, clavando con sus propias manos el pabellón republicano en las trincheras enemigas, hallando en ese instante la muerte, que le será entrada a la inmortalidad; Ricaurte y D'Elhúyar, que tendrán sepulcros, el uno en lo alto del espacio, el otro en lo profundo del Océano; Vélez, el de la casa fuerte de Barcelona; París, que perderá una mano en Bomboná, y con la otra empuñará en Boyacá la espada vibradora; Ortega, vencedor en Vígirima, acribillado a balazos en la toma de Valencia por Boves, y salvado por el amor conyugal de una heroína venezolana.

Penetra el Libertador a Venezuela y en seis batallas campales arrolla las huestes realistas, así como el huracán en nuestra costa atlántica arranca de cuajo los plantíos, entra a su ciudad natal, Caracas, en medio de la delirante gratitud de un pueblo entero.

Dispuso la Providencia para aquilatar la excelitud de Bolívar, que principiase para él una era de sufrimientos y reveses. Perdió la batalla de La Puerta y en ella la mayor parte de su ejército; y al retornar a Nueva Granada, encontró cerrados los caminos de la victoria, no por la pujanza del enemigo, sino por la ruin emulación de ciertos hombres, de aquellos a quienes estorba

la grandeza. Tuvo sí la satisfacción, al venir a justificarse ante el congreso, de oír de boca del Presidente estas magníficas palabras: «General, vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande». Para comprender así al genio infortunado y proclamarlo, se necesitaban la inteligencia y el corazón de don Camilo Torres. Bolívar, estimando por entonces perdida su causa, se embarcó en un bergantín inglés, con rumbo a las Antillas.

Waterloo fue el fin de las proezas y de las guerras napoleónicas; el desastre del Libertador no fue sino un descanso concedido por él a los ejércitos españoles. Unos meses después desembarcó en las costas de Venezuela, acompañado de algunos voluntarios. «Con quinientos hombres, dice César Cantú, propagó la revolución, precisamente cuando Bonaparte, con medio millón de soldados, la dejaba perecer en Europa....» Sigámoslo: adopta un rumbo contrario al de su primera campaña y acampa en las márgenes del Orinoco, en aquellas llanuras orientales, desiertos océanos de verdura cruzados por ríos tan anchos como mares, incorpora a las suyas las tropas de Páez, el invicto; pasa a Casanare, donde halla el ejército de granadinos, que les ha formado el esclarecido General Santander, y emprende trasmontar la Cordillera de los Andes, hazaña superior al paso de Los Alpes por Napoleón y siglos antes por Aníbal.

Desciende a la Provincia de Tunja, con el ejército mermado, casi desnudo, y que semeja más formado de cadáveres que de hombres. Descalabra a los realistas en Vargas, y, con la rapidez en la marcha, que es uno de

los caracteres de su táctica y uno de los secretos de sus triunfos, vuela a cerrarle al enemigo el paso a la capital del Virreinato. Las dos falanges llegan a un tiempo, por vías distintas, al puente de Boyacá. Las tropas españolas, superiores en número a sus contrarias, presentan un aspecto tan brillante que su Jefe prorrumpe, al pasarles revista, en esta exclamación blasfema: «Ni Dios me quita la victoria!»

La batalla fue corta. Cuando terminó, todo el ejército realista, empezando por su Comandante General, se hallaba prisionero en poder de los republicanos. A las dos de la tarde nuestra Patria era colonia de España; a las cinco, era nación independiente y soberana. Boyacá no fue la última pero sí la batalla decisiva de la independencia. Boyacá es el pedestal de Ayacucho.

Cualquier General hábil y valeroso es capaz de ganar una batalla: sólo los grandes capitanes perciben inmediatamente la magnitud de su triunfo y saben aprovecharlo por completo. Hubiera Bolívar regresado a Tunja a reorganizar su ejército y darle un merecido descanso y las tropas españolas de guarnición en Santafé acaso le habrían arrebatado la victoria. Ordenó el inmediato avance sobre la ciudad a marchas forzadas, y cuando faltaban seis leguas para llegar, se adelantó solo, al trote largo de su caballo de guerra, y arribó al atardecer sin acompañamiento alguno.

La víspera, a media noche, al saber a Bolívar a una jornada de distancia huyeron de la capital los españoles todos; militares y civiles, Virrey, Oidores y empleados, sacerdotes y mercaderes, ancianos, mujeres y niños, dejando abandonadas sus casas y riquezas todas.

No creo que haya existido jamás gozo comparable al de los granadinos a la llegada del Libertador. Habían padecido por tres años, bajo «la ignorante ferocidad de un soldado—son palabras de Menéndez y Pelayo—a quien en mala hora confió España la delicada

empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas».

La nación española y su augusto Monarca don Alfonso XIII han desagraviado hidalga y solemnemente a Colombia por los horrores de la reconquista, en especial por la inmólación de Caldas. Entre nosotros no dominan hoy para con la Madre Patria otros afectos que los de admiración, gratitud y filial cariño.

Hasta aquí me he detenido en pormenores, porque se trataba de la emancipación de nuestra Patria; el resto de la vida militar de Bolívar, la parte sin duda alguna más gloriosa, no cabe en un discurso y no hace falta. En estos días de patrióticas memorias ¿cuál de nosotros no ha pronunciado muchas veces los nombres de Carabobo, Bomboná y Pichíncha, Junín y Ayacucho? Ni hemos olvidado aquel día en que el Libertador se presentó ante el Congreso de las Provincias reunido en la villa de Angostura, y le propuso la unión en una nacionalidad de Nueva Granada y Venezuela; proyecto aceptado con unánime entusiasmo y promulgado por el presidente don Francisco Antonio Zea, quien poniéndose en pie, clamó con acento conmovido y solemne:

«La República de Colombia queda constituida! Viva la República de Colombia!»

La batalla de Ayacucho fue la escena final del drama que representaron nuestros padres, teniendo por escenario un Continente. La gloria de aquel día es de Sucre, el más insigne de los tenientes de Bolívar, pero lo es también del Padre de la Patria, quien estuvo ausente en su persona, presente por su espíritu. Pienso que los soldados del General Córdoba veían con los ojos del alma en la cumbre del Cundurcunca, el perfil del Libertador, cuando iban venciendo la agria cuesta con las «armas a discreción y a paso de vencedores». En aquella épica jornada combatieron juntos peruanos y argentinos, colombianos y chilenos. Los que mezclaron su

sangre en defensa de una misma causa y se repartieron los laureles no pueden ser enemigos sino hermanos.

Las batallas de la libertad fueron gloria de América sin ser ignominia de España. Los Jefes y soldados de uno y otro bando pertenecían a una misma raza, profesaban una misma religión, hablaban idéntico idioma. Los españoles habían enseñado, con su ejemplo, a los americanos el heroísmo y el amor a la independencia patria; y como dice un poeta colombiano:

*«¿Por qué España ha sucumbido,  
A pesar de su valor?  
Porque aprendió el vencedor  
Las lecciones del vencido» (1).*

Un caudillo eminente en lo militar, ignorante en las artes de la paz, vencerá pero no sabrá qué hacer de la victoria; asolará cuanto encuentre a su paso, pero nada fundará sobre las ruinas.

Al guerrero genial adornado de universales dotes pueden aplicársele las palabras que dirigió Dios en el antiguo testamento a uno de sus profetas mayores:

«Hé aquí que te he constituido sobre las gentes y los reinos para que arranques y destruyas, para que edifiques y plantes».

Comparad a César con Atila.

Ya sabéis la educación esmeradísima que recibió Bolívar; añadid ahora que siguió perfeccionándola durante todos los días de su existencia. Y asombra que, en medio de marchas y fatigas y combates, no olvidase sus amados clásicos griegos y latinos, franceses e italianos y españoles; que estuviese al tanto de la marcha política, social y económica de todas las naciones de la tierra, de los progresos y descubrimientos científicos, de los avances de las letras y las artes.

(1) Ricardo Carrasquilla.

¿Quién de vosotros desconoce el *Canto a Junín*, del grande Olmedo o ignora que el Libertador hizo sobre el poema inmortal un juicio literario, irreprochable en estilo y lenguaje y con una crítica tan sabia, sagaz y delicada, que arrebató de entusiasmo un siglo más tarde al príncipe de los modernos ingenios españoles? «Conservar tan buen sentido, escribe Menéndez y Pelayo, después de haberse hecho árbitro de un Continente, vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín».

Bolívar es uno de los primeros oradores militares del mundo. Sus arengas, breves como dichas minutos antes de romperse los fuegos; al alcance de los rudos soldados; encendidas para llevarlos sin vacilar al triunfo o a la muerte; pronunciadas con voz resonante y aguda como los clarines de la caballería llanera, aun leídas mentalmente a la discreta lumbre de la lámpara de estudio, sacuden todo el organismo del colombiano y le despiertan el pesar de no haber sido grande y el remordimiento de no haberse sacrificado por la patria.

La misma elocuencia hierva en las proclamas y discursos y aun se adivina en la inmensa correspondencia epistolar en la cual cada palabra es una idea, cada frase una sentencia. Bien se ha dicho que Bolívar hizo la independencia más con la palabra que con la espada.

Su prestigio personal era irresistible; ante los militares, por lo rápido e inesperado de las órdenes, la resistencia en los trabajos, la impavidez en el peligro, el arrojo en el combate; ante los letrados, la sociedad aristocrática, los embajadores de las potencias europeas, por lo gentil del porte, lo ameno de la conversación, los chispeantes rasgos de ingenio; ante las clases populares, por la culta llaneza del trato y la inagotable largueza; ante las damas, por la delicada galantería. Como todo hombre superior, supo engendrar amor y odio. Tuvo amigos que por amor a él llegaron hasta el sacrificio;

enemigos que por odio a él llegaron hasta el crimen. Aun ahora hay quienes lo aborrezcan y detesten; quienes pretendan comparar el cedro del Líbano con el hisopo que medra al pie de las paredes; quienes lo calumnien haciendo hipócrita semblante de elogiarlo.

Emancipar pueblos enteros de extranjera coyunda es proeza de titanes; pero no es la mayor de las acciones de Bolívar. Vale más convertir, sin los sangrientos horrores de la revolución francesa, las colonias en naciones soberanas, los siervos en ciudadanos, los modestos empleados subalternos en constituyentes y legisladores, en Ministros de Estado y Embajadores ante las Cortes europeas; hacer que todas ellas reconociesen a Colombia y la colmaran de consideraciones y respeto; obtener de la aristocrática Inglaterra heroicos batallones de soldados, y sumas ingentes para organizar la República. Por tales motivos llamamos a Bolívar no solamente Libertador, que es renombre de grandeza y de gloria, sino también con el título dulcísimo de Padre.

¿Cuál fue el pensamiento de Bolívar? ¿Cuál la meta a que dirigió su fecunda actividad? ¿Riquezas? Pero él—como todo hombre superior—despreciaba el dinero y derrochó los caudales que le dieron las naciones por él fundadas y los millones heredados de sus mayores en sostener la guerra, en recompensar a los servidores de su causa, en remediar toda necesidad que llegaba a su noticia. ¿Mando? Pero no quiso el cetro y la corona de monarca, prefiriendo al de rey el título de Libertador y a entrambos el de ciudadano. ¿Honores? Pero las coronas de oro y pedrería, ofrenda de los pueblos redimidos, las pasaba a las sienes de sus tenientes; a ellos y a las tropas atribuía el mérito de la victoria; y en su carta a Olmedo llama «nuestra pobre farsa» a la serie, sin precedente en la historia, de sus campañas y sus triunfos. El anhelo supremo de Bolívar fue la libertad:

¡Libertad! Dón preciosísimo—según León XIII—entre los concedidos por el Creador a su criatura racional; rica dádiva que, dejándonos en manos de nuestro consejo, nos hace semejantes a Dios; que permite al hombre dominar, como señor absoluto, sobre el universo entero; que, bien empleada, nos merece la eterna bienaventuranza. ¡Libertad! No te conoció ni te adoró el mundo pagano; te anunció el Maestro Divino, te selló con la sangre del calvario, te dejó en herencia a la Iglesia, su esposa inmaculada.

Ella ha cumplido el encargo de su celeste esposo, declarando la igualdad entre los hombres, sin diferencia de judío y gentil, griego y escita, romano y bárbaro; dignificando a la mujer, suprimiendo la esclavitud; enseñando por boca de sus doctores y teólogos que el gobernante no es amo sino curador de la comunidad; que la soberanía, procedente de Dios, como de fuente suprema, esencialmente reside en las naciones.

La Iglesia en todo tiempo, ha propugnado la libertad contra las sectas que han osado negarla; y hoy mismo la defiende de los seudosabios que consideran al hombre una máquina fatalmente movida por el temperamento fisiológico, la ley de la herencia, el medio ambiente que lo circunda. Un determinista está fuera de la doctrina evangélica, no puede ser republicano, y merecería sentir ligado su cuerpo con los grillos y cadenas con que supone tener aprisionada el alma.

No ha consentido la Iglesia en confundir la libertad con el libertinaje. La primera es hija del cielo, viene precedida de la suave luz de la razón y ennoblece y dignifica al hombre; el segundo es aborto del infierno, envuelto en el humo espeso de las pasiones que nos envilecen y degradan. Defensora de la libertad, lógicamente es la Iglesia enemiga de la tiranía, de la que se ejerce por un hombre solo o por las ciegas y desbordadas mul-

titudes. La segunda es peor que la primera; porque el déspota teme el arma homicida que le puede detener en medio de sus crímenes, teme el juicio de sus contemporáneos y el veredicto justiciero de la historia; en tanto que el demagogo anónimo, confundido entre la turba, ni tiene nombre que respetar ni sanción humana que temer.

Pero la libertad no es un fin, sino un medio de llegar a la felicidad, soberano conato del hombre: limitada en la vida presente, infinita participación en la futura. Elemento integral de la beatitud es la paz deseada por los ángeles a los justos sobre la cuna de Belén, último legado de Cristo a sus discípulos, definida por San Agustín «tranquilidad en el orden». ¡Cuán sabios fueron nuestros mayores al adoptar las palabras *libertad y orden* como leyenda del glorioso escudo nacional! Sin libertad no hay orden, ya que el puesto que corresponde a la persona le puede ser arrebatado por la fuerza; y sin orden no existe libertad, porque cualquiera le arranca sus derechos al ciudadano.

Tenéis aquí la doctrina de la Iglesia acerca de la libertad, que es el mismo concepto formado y defendido por Bolívar. No hay por qué extrañarlo. El Libertador nació de padres no sólo católicos sino hondamente piadosos; recibió infusa en el bautismo la virtud de la fe; la robusteció con la leche y las enseñanzas maternas, y la profesó incólume durante el decurso de la vida. Apenas habrá documento suyo en que no aparezca el nombre de Dios, en que no se invoque a la Divina Providencia; y la fe de Bolívar en el éxito final de sus empresas no era sólo la del genio, fundada en su voluntad y constancia, sino la confianza sobrenatural en un Señor omnipotente y justo. Supo respetar a la Iglesia y rodear a los sacerdotes, en quienes reconocía los más eficaces colaboradores de su labor, de veneración y de afecto.

Porque así comprendió la libertad, lo motejaron de tirano; quisieron enrojecer en su sangre generosa el puñal parricida, y le abreviaron la existencia, ya que falleció apenas pasados los umbrales de la edad madura, y más que al peso de las enfermedades del cuerpo al de los dolores y desengaños del alma.

Querriais acaso que después de haberos hablado de los méritos del Libertador os mencionara sus errores y faltas. Pero no se me ha pedido un capítulo de crítica histórica, sino un panegírico del hombre más grande de América. Después de la desobediencia original, nadie, sino Jesucristo que es Dios, ha dicho a sus oyentes: «¿Quién de entre vosotros me argüirá de pecado?» Los del genio suelen ser la exageración de sus cualidades que lo apartan del justo medio en que consiste radicalmente la virtud. Cam fue maldecido del Altísimo porque hizo mofa de la ignominia de su padre.

Por pudor patriótico deseara olvidar que, desde mesés antes de su muerte, Bolívar estaba expatriado de la tierra que lo vio nacer; quisiera, valiéndome de las frases de Job, «que la nefanda noche septembrina» no entrara en el cómputo del tiempo, no sirviera para completar los meses, no viera el centelleo de las estrellas, ni la claridad de la aurora del siguiente día.

Me acompañasteis en la excursión primera de Bolívar triunfador; venid ahora conmigo a presenciar el fin de su carrera. Resolvió viajar al Antiguo Mundo en busca de alivio y paz para su espíritu; bajó el río Magdalena en una de las toscas embarcaciones de entonces, acompañado de varios caballerosos militares que, socios en las horas de gloria, quisieron serlo también en las del infortunio, y llegó a esta noble y hospitalaria ciudad, a esperar la nave que había de conducirlo.

Caracas y Santa Marta son los paréntesis que encie-

rran la vida del Libertador: la ciudad del Avila oyó su primer vagido en la cuna; lo vio crecer en edad, en sabiduría, en grandeza; la ciudad del Manzanares presencié la desgracia del héroe, fue testigo de su agonía, escuchó su postrimer suspiro. No conozco la casa donde nació Bolívar, sino en la elocuentísima oración del padre Borges, cuya lectura me ha producido gozo y entusiasmo. Estuve en la alcoba mortuoria del Padre de la Patria y el corazón se me oprimió, y se me anudó la garganta y se me llenaron de lágrimas los ojos.

Aceptó Bolívar la hospitalidad regia que le brindó un caballero español, don Joaquín de Mier, en su quinta de San Pedro Alejandrino. Los días siguientes fueron las más amargos. Persuadirse un hombre, y ¡qué hombre!, de que su vida fue inútil, de que «aró en el mar», es leer en la propia alma la terrible inscripción que grabó el Alighieri en los dinteles del averno: *Lasciate ogni speranza*. Y para un corazón amante no hay dolor como el de verse traicionado o abandonado de sus amigos. Jesús Nuestro Señor fue de lo único que se quejó en su pasión: «Judas, ¿y con un beso entregas al Hijo del Hombre?»

El agosto enfermo comprendió que estaba llegando para él la hora de la liberación. Cristiano había vivido. Cristiano quiso morir. El Ilustrísimo don José María Estévez, Obispo de Santa Marta, lo confesó y le dio la absolución, que desliza en el cielo lo que el sacerdote desata aquí en la tierra. Al salir del aposento el Obispo exclamó conmovido: «Alma grande, generosa y santa, destinada para el cielo».

Ilustrísimo señor: a un egregio Obispo de Santa Marta tocó impartir la absolución sacramental al Libertador de un mundo. Hoy, cien años después, vos, descendiente de patriotas y patriota de corazón y de obras, digno sucesor de Estévez, habéis promovido y presidi-

do estos sufragios y vais a cantar el último responso por el alma cien veces bendita de Bolívar, comprobando una vez más que, en Colombia, unos mismos son para la Iglesia y para la República, los dolores y los goces.

En una de las noches siguientes se administró al Libertador el sagrado viático llevándolo de Mamatoco, aldea vecina a San Pedro Alejandrino. Era el Rey de los siglos, inmortal e invisible, a cuyo nombre se dobla toda rodilla en los cielos, la tierra y los infiernos, que iba a visitar y consolar una de sus criaturas predilectas: era el Rey de la Gloria que sudó sangre en Getsemaní a fuerza de tedio y tristeza; traicionado por un discípulo, abandonado de los demás, beñado y escupido en el pretorio, crucificado entre dos ladrones.

En aquel tránsito de Jesús Sacramentado no hubo más arcos triunfales que las ramas entretreídas en el estrecho sendero, ni más flores que las desprendidas de los árboles al soplo del aura vespertina; ni otras luces que las estrellas y los menguados cirios a través de los opacos faroles de la Iglesia; ni otra música que la de las hojas al ser movidas por la brisa.

El moribundo hizo la profesión de la fe, la misma que había aprendido de boca de su piadosa madre cuarenta años antes; perdonó a sus enemigos; besó con fervor el crucifijo y finalmente recibió entre los labios trémulos y exangües al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Y he concluido. Deber es de los hijos imitar las excelencias de sus padres. A Bolívar no podemos emularlo. Preparémonos a seguirlo en la gloriosa humildad de su cristiana muerte.

